

que allí de nuevo me convidó amor á regalar la vista y á no desear mas deleite del que gozaba, hasta que mi amorosa guía por fuerza me obligó á mirar las altas torres de los tres famosos templos, que con resplandecientes techumbres mantienen dentro de las nubes un eterno dia, cuya intolerable pesadumbre, rompiendo el delgado suelo por algunas partes, de tal manera están colgadas sobre el agua las pendientes piedras de sus fundamentos, que á no ser por las cristalinas ninfas sustentadas en columnas de vidrio ya con peligrosa caída hubieran arruinado el mundo. Y á este tiempo, aun sin perder de vista los mejicanos cristales, á mí me pareció que á una carcomida roca llegamos, de adonde todas aquellas aguas nacia, y allí en alfombras de menuda yerba, á la puerta de una cueva que los encrespados riscos hacian, dos ninfas descubrimos tan vestidas de celestial hermosura, que apenas su divino resplandor se dejaba hallar de nuestros ojos, ceñidos los dorados cabellos con sendas guirnaldas de verde pimpinela y ovas, y en las manos sus labores que con ellos competian en delicadeza. La una juzgué yo por diosa de aquel lugar; mas la que con ella estaba, si como lo demas no fue sueño, sin encarecimiento diria que habiendo los dioses de criar beldad en todas perfecciones acabada, solo un retrato desta harian; que la mucha hermosura de sus alegres ojos no habrá corazon tan lisongero á

quien la libertad no captive, ni él podrá hallar libertad mas rica que el cautiverio de tales ojos. Estaban ocupadas en sus labores, y la primera, que Clitiso podria llamarse, haciendo reseña de la suya, tal que en su competencia Aradne viviera envidiosa y desconfiada, así á su bellissima compañera dijo: ¿Que te parece ninfa mia desta labor? ¿Por dicha algun descuido hallarás en ella? Yo hasta ahora no le veo, ni puedo creer que la envidia se lo halle. Al principio bien pensé labrar aquí toda la celebrada historia de Orfeo y su amada Euridice, de la suerte que á Nerea con tierno y lamentoso sentimiento una tarde se la oí cantar, y segun mi pretension me ha salido dichosa, ya quisiera no haber olvidado nada del amoroso suceso; porque en esta parte á los principios así tenia trazada la fértil ribera de Peneo, que aun en el borron creyeras que las resonantes arboledas movidas del blando viento convidasen á gozar de su agradable frio, sembrados por los floridos campos los rebaños del pastor Aristeo, que ya tambien en esta parte se mostraba dibujado en aquella misma figura que por entre espinas y abrojos á todo correr iba siguiendo la amada Euridice, no sé si por alcanzarla ó por no perder de vista su hermosura; pero convidada de mas gustoso entretenimiento por entonces no quise, de lo que ahora me pesa, proseguir este dibujo, sino comenzar la historia de lo mas delicado della, como sea

cierto que siempre las cosas tristes mas que las alegres muevan nuestros ánimos. Y así comencé los trabajos de mi aguja desde aquel punto que el delicado pie de la ninfa tocó en la peligrosa huida el encogido áspide con que, así dioses lo quisistes, entre las flores una rosa mas se vió caída, no de otra suerte que sobre el verde surco cae la olorosa y tierna azucena del rústico arado descomedidamente arrancada. Y todas las vecinas selvas, llorando el desdichado suceso, blancos canastillos de rosas derramaron sobre el frio cuerpo, que en ellas sepultada una Venus dormida parecia sobre la yerba; y dejados aparte los infructuosos llantos que por aquellos desiertos el rústico Aristeo hizo, y el castigo que á su delito dieron las diosas de los cercanos montes, apocando sus enjambres, destruyendo sus rebaños y sembrando fuego en sus mieses, que no es digno de pasar en silencio, ni como aquí has visto yo me desdeño de ponerlo en lo mas precioso de mi tela. Lo que en artificio sobre todo mi trabajo se aventaja es de Orfeo aquella célebre bajada á los temerosos reinos de la muerte; y aunque la pena de su mirar se vea viva en él todavía, hazaña es á mi parecer digna de no pasar en silencio. ¿Mas que no puede el amor? Todo lo facilita, y no es el mayor de sus milagros ir á buscar placer á la morada de los tormentos; pues siéndome fuerza, pintar en este paso las no vistas regiones

que en los senos de la tierra se hallan, los vacíos reinos de Pluton y las casas de los ya enterrados, muradas de una eterna y triste noche, no pudiendo hacer transparentes aquellas espantosas concavidades, ni olvidar en mi pintura lo que en ellas los soberanos dioses han guardado: con esta confusa niebla me pareció escurecer los primeros resplandores de las figuras, la cual yo no me admiraré que tú demasiadamente me alabes, porque ya ha habido ninfas que con templado aire han pretendido levantarla, deseosas de gozar mi labor sin aquel fingido impedimento. Y si acaso de Flegeton las ardientes ondas no corren con aquel desenfrenado curso que deseas, advierte, divina ninfa, á la suavidad de aquella cítara de Orfeo, que si debajo de la perfeccion de mi arte cupiera su poderosa armonía, no fuera necesario decirte que ella era quien dulcemente las tenia encantadas; y la que bastó á sacar de la negra lama y podridas ovas del estigio lago aquellas delgadas fantasmas, imágenes de los que ya no viven, que allí envueltas en podrido cieno de mil siglos atrás estaban olvidadas, sembrando la consonancia de sus acentos tal deleite que, si creer se puede, pudo por algun tiempo ablandar las cruelísimas hijas de la muerte; y dejando de silbar sus ponzoñosos cabellos, oyeron las serpientes su dulzura y detuvo el vuelo la amortiguada luna, que como verdadera imagen de la noche por aque-

llas calladas riberas con delgada luz y encogido rostro vive. Mas ahora vuelve los ojos á esta pequeña sombra ya segunda vez arrancada por los oscuros hados de la presencia de su descuidado amante, que antes del divino término volvió á la cara prenda los amorosos ojos, no por quebrantar, ó castísima Proserpina, tu precepto, mas por satisfacer su amor: yerro por cierto digno de perdonar, si algo allí se perdonase. ¡Terrible cosa de oír! Tres veces se oyó resonar el infierno, y tantas el temeroso bramido de las furias corriendo fue por las profundas cavernas del mundo, y la desdichada Euridice, muerta dos veces en su florida edad, ya, dijo, de los rigurosos dioses soy llamada: á todos está definida su suerte: cortó la parca una vez el precioso estambre, y la vida solo hasta muerte se concede: los ojos, que de alguna luz se iban vistiendo y el nuevo aire los abría poco á poco, con un eterno sueño se han cerrado. A Dios, querido esposo, que cercada de una oscura sombra volverme siento á la universal noche: vano ha sido tu trabajo, y en vano, pues no soy tuya, trabajas en detenerme. Así es fama que dijo; y no de otra manera que un negro humo se fue desvaneciendo por el aire: tres veces con sus brazos procuró el liviano amante encadenar el amado cuello, y tantas, cual ligero sueño, se huyó de los amorosos lazos, faltándole aquella virtud y fuerza que enlazada vive por

los duros nervios, mientras el sutil espíritu está en ellos detenido. Mas lo que despues al desdichado Orfeo sucedió, llorando en vano los engañosos dones de los sepultados reyes, trayendo á escuchar su música las hayas, los cipreses y los álamos, encantando los fugitivos rios; y últimamente la infame muerte que las crueles mugeres de Tracia le dieron, aun se está como ves en dibujo, y en ello á ratos ocupa mi gusto y tiempo; mas aunque tu labor llena, como creo, esté de soberanos secretos y de preciosos colores resplandeciente, no sin gran risa se deja ver el sátiro que en esta red está caído, aunque por ignorar el fundamento de la fábula, no me sea fácil decir lo que de su perfeccion siento, mas de que bastará ser obra tuya para que nadie pueda dar parecer sino fuere en su alabanza; porque cierto la viveza de aquel pastor que allí está tocando su zampoña tan de veras engaña la vista, que ya mil veces, creyendo que vivo esté, me ha obligado á escucharle; y en verle mirar tan aficionadamente tu retrato me hace sospechar que no carece de misterio la pintura, y que mas te ha costado su labor que pintar un sátiro caído en una red; y aquestas ninfas de que aquí te pintaste rodeada, ¿de que cielo bajaste su hermosura? Que cosa nueva es para mí que el mundo alcance tanta beldad; mas ahora sean diosas de los montes ó guardas de las verdes cuevas, dignas son del lugar que

ocupan: participe yo de los secretos de tu labor; así en los brazos del contento, que la esperanza te promete, libre te veas de la soledad que publicas. Desta manera la casta Clitiso daba á entender á su compañera los milagros de su aguja; y así finalmente la conjuraba á que ella los suyos le descubriese, cuando la bella ninfa, cuyo nombre ahora perfectamente no sé, así abriendo sus dulces labios le satisfizo: De mi labor no quiero que digas tu parecer hasta que de mí su nueva historia hayas aprendido, que por grande que sea la perfeccion de una pintura, para quien ignora el caso bien podemos decir que las mas vivas figuras esten muertas; pero en tanto que para darte entera relacion de mi cuento acabo este segundo retrato, ocupadas en nuestras labores cantemos si gustas alguna cosa de placer que nos suspenda los cuidados. Tú, ninfa mía, dijo Clitiso, eres mi gusto, á mí solo toca obedecer: comienza, que el seguirte, que es mi oficio, yo lo haré como supiere. Querian ya las dos bellísimas diosas dar principio á sus cantares, cuando en lo alto de la carcomida roca una cercana deidad que escuchándolas estaba en forma apareció del divino Proteo, ora fuese el dios de las vecinas aguas, ó la magestad de algun sagrado rio; coronado de verdes ovas, lleno de rocío el rostro, y la blanca barba lloviendo cristalinos arroyos: un sombrío sauce en la mano, que de provechoso sustento y

agradable abrigo le servia; y desta manera, con gran gusto de los que le oian en tono sonoro y grave comenzó á sembrar por el aire estas palabras:

PROTEO.

Oidme bellas ninfas, tiernas diosas;
 Que si gozosas escuchais mi canto,
 Un templo santo, hecho de una cueva,
 En luna nueva y en collado antiguo,
 De aquí me obligo á consagraros luego,
 Y no con fuego, mas con tiernas flores.
 Por los favores deste beneficio,
 Al sacrificio iré cada mañana,
 Y la temprana fruta por mas nueva
 A vuestra cueva llevaré en la mano:
 Ya del manzano las manzanas de oro,
 Ya del tesoro rico de los prados,
 Los mas pintados lirios y las rosas.
 Pues, tiernas diosas bellas, escuchadme,
 Y si es lícito, ó cabe en mi tal gloria,
 Vuestros lenguages sacros declaradme
 Para cantar con ellos una historia
 A vuestras cuevas llenas de deidades,
 Que dure por mil siglos su memoria.
 En un tiempo ví yo dos voluntades,
 Así conformes como son los aires,
 Que nos miden y roban las edades:
 Fiáronse del tiempo y sus engaños,
 Y su conformidad quedó desecha,
 Y habita cada cual reinos extraños.

Mas tú, diosa gentil, en quien fué hecha
 Tan triste y dolorosa anatomía,
 Suspende por un rato tu sospecha.
 Vendrá tras este un venturoso día,
 Así lo ordena el cielo piadoso,
 Que vuelva tu alma al cuerpo en que vivía.
 Si Orfeo antes del término forzoso
 Bajar pudo á los reinos del tormento;
 Si á mas que esto es el tiempo poderoso,
 Hacerlo pudo amor. ¡Extraño acento
 Que el que en la tierra sin placer vivía
 Hallase en el infierno su contento!
 Con su canto alcanzó cuanto pedía;
 Bien que la pena de volver los ojos
 En él se halle viva todavía.
 Así tú te avendrás con tus enojos,
 Y deste infierno donde está tu gloria
 Triunfante sacarás ricos despojos.
 Y aunque vuelva los ojos la memoria
 Atras, no arriesgará contento alguno;
 Que siempre es dulce el mal puesto en historia.
 Si el que te aflige ahora es importuno,
 Pues este es el consuelo de los tristes,
 Llórenlo los mortales de uno en uno.
 Vosotras, flores que otro tiempo fuistes;
 Reyes del mundo, ninfas y pastores,
 Llorad su mal las que sus bienes vistes.
 Llore el vano Narciso tus amores,
 Y porque el suyo con tu mal avive,
 En sus hojas escriba tus dolores.
 Y tú, parlera Eco, si en tí vive

Memoria alguna de tus tristes hados,
 Por estos riscos mi cantar escribe;
 Que algun día serán estos cuidados,
 Si en mí no es vano el nombre de adivino,
 Contentos por mas bien á logro dados.
 El sol sin se cansar sigue un camino,
 Consume con sus vueltas los mortales,
 Y él tan nuevo se va como se vino.
 Es el mundo de bienes y de males,
 De lágrimas y risa un pasadizo,
 De pasos y escalones desiguales.
 Si algun agravio la fortuna te hizo,
 O bella ninfa, en no ajustar su mano
 Al gran valor que en tí no fue postizo;
 Si el tiempo en ese pecho soberano
 Tambien va, entre pesares y placeres,
 Siguiendo el curso del estilo humano,
 No por eso, honra y prez de las mugeres,
 Humilles de tu alma la grandeza,
 Pues una en todas las fortunas eres.
 Entre aquesos retratos de belleza,
 Que siguen de Diana las pisadas,
 Y de un Fenix de amor la gran pureza,
 El premio á las presentes y pasadas
 Lágrimas quiso el cielo que tuvieses,
 Y allí las goces ya en glorias trocadas;
 Y sin que hagan nuevos entremeses,
 El tiempo y la fortuna de tus cosas,
 Divinas de una vez, cual son, las vieses;
 Y vosotras, ó almas generosas,
 Que siendo antes la flor de aqueste mundo

Ya sois del mismo que le hizo esposas;
 Y tú, diosa marina, que al profundo
 Mar de tu casto amor diste el asiento,
 De este segundo cielo sin segundo;
 Recibid de una vez el rico aumento.
 Que á tan altos principios se debía
 Por premio justo á vuestro heroico intento:
 Que yo á quien la infalible profecía
 Del ciego hado alumbra los secretos,
 Y descubre la luz antes del dia,
 Ya en el mundo os prometo con perfectos
 Agüeros fama ilustre y nombre raro,
 Mientras hubiere en él gustos discretos,
 Y hambre de oro en corazon avaro.

EGLOGA SÉPTIMA.

Luego que el no conocido dios dejó con tan admirables secretos llenas las hinchadas olas de los milagros que en su labor la sagrada ninfa escondia, y satisfizo á la clara Clitiso de lo que mas saber deseaba, contento de haber dado en las eternidades del mundo tan poderosa voz de la carcomida roca, se dejó caer en lo mas profundo del agua, y las ninfas que suspensas lo habian oido, vueltas á sus olvidados ejercicios, aquella á quien declarar su historia tocaba, si á mis mortales oidos pudo llegar el aliento y fuerza de palabras tan divinas, así le oí comenzar su cuento: Tú, ninfa mia, sabrás que por estas selvas mis ojos otro tiempo vieron un pastor, al parecer tan agraciado y bello, que Apolo cuando en semejante hábito seguia las selvas, no se puede creer que de otra hechura y talle fuese; y aunque de apartadas riberas, posible seria que las nuestras no le tuviesen por extraño; antes así su zampona las alegraba, que muy digna era de ser oida, no solo de los pinos de la sierra, de los sauces del rio, de las ninfas de estas aguas, y de las deidades de las vecinas cuevas, mas aun de los cercanos montes se vieron bajar las duras enci-